

RESEÑAS DE D. JUAN DE MOLIÈRE

AUTOR: MOLIÈRE

TÍTULO: DON JUAN

EDITORIAL: ALIANZA EDITORIAL

FICHA 1 LA FIGURA DE D. JUAN:

La figura de D. Juan goza por aquel entonces de gran popularidad en toda Europa. El personaje de Tirso llega a Francia a través de Italia con las adaptaciones de Giliberto y Cicognini, y de los propios franceses: Dorymond, Williers en el Hôtel de Borgoña. Al público le entusiasma esa obra de gran tramoya con estatuas parlantes y castigo final del libertino entre grandes llamaradas. La prisa obliga Molière a escribir su versión de Don Juan en prosa, pero introduce una nueva faceta en su personaje. El burlador, el libertino, el incrédulo es elevado a alturas metafísicas insospechadas.

Su Don Juan ya no lleva una mezquina contabilidad de sus seducciones y desafíos, quisiera que hubiera nuevos mundos para llevar a ellos sus hazañas –como Alejandro Magno-. Es un campeón de la libertad absoluta aunque la busque por el camino del mal, anticipándose a los personajes de Gide y Genêt y, por si fuera poco, se proclama en el quinto acto un émulo de Tartufo y en una brillantísima parrafada lanza sus terribles acusaciones contra los falsos devotos, cuya “cábala” sabrá justificar sus crímenes y le defenderá contra todo y contra todos. Aunque obtiene un gran éxito el día de su estreno (15 de febrero de 1665), la obra dura poco en cartel y es retirada en Pascuas, es de suponer que debido a los manejos subterráneos de la “cábala”.

Pág. 15-16

FICHA 2: DEFENSA DEL TABACO POR SGANARELLE:

SGANARELLE: (Teniendo en la mano una tabaquera) Digan lo que quieran de Aristóteles y toda la filosofía, nada hay igual al tabaco; es la pasión de las gentes honradas, y quién vive sin tabaco no es digno de vivir. No tan sólo regocija y purifica los cerebros humanos, sino que también acostumbra las almas a la virtud, y con él aprende uno a ser un hombre honrado. ¿No ves realmente, en cuanto se toma, de qué manera amable se comporta uno con todo el mundo y lo encantados que nos sentimos al ofrecerlo a derecha y a izquierda, en todas partes donde estemos? No espera uno siquiera a que se lo pidan, y nos adelantamos al deseo de las gentes; hasta tal punto es cierto que el tabaco inspira sentimientos de honor y de virtud a todos cuantos lo toman. Mas dejemos este tema y reanudemos nuestro discurso...

ACTO I. Escena I Pág. 155-156

FICHA 3

SGANARELLE DEFINE A D. JUAN COMO UN AUTÉNTICO MONSTRUO:

SGANARELLE: Ya sabes que por orden suya partí antes que él; y no me ha hablado desde su llegada; mas te prevengo y te informo, inter nos, que tú ves en don Juan, mi amo, al mayor desalmado que ha producido la tierra, a un rabioso, un perro, un diablo, un turno, un hereje, que no cree ni en el Cielo, ni en los Santos, ni en Dios, ni en los duendes; que pasa su vida como una verdadera bestia, como un cerdo de Epicuro, como un auténtico Sardanápalo; que cierra sus oídos a todas las reconvenciones cristianas que puedan hacerle, y que considera unas pamplinas todo lo que nosotros creemos.

Me dices que se ha casado con tu ama; créeme, habría hecho más por su pasión si se hubiese casado también contigo, con su perro y su gato. No le cuesta nada contraer matrimonio; no utiliza otros lazos para atrapar a las beldades, y es un amante sin escrúpulos: damas, damiselas, burguesa, aldeana; no encuentra nada demasiado blando para él, y si te nombrase yo a todas aquellas con las que se ha casado en diversos lugares, sería un capítulo que duraría hasta la noche. Te quedas sorprendido y cambias de color ante este discurso, pues es sólo un bosquejo del personaje, y para concluir el relato, serían precisas muchas más pinceladas.

Basta con ello para que el enojo del Cielo caiga sobre él algún día; más me valdría pertenecer al diablo que a este amo, y me hace presenciar tantos horrores, que yo desearía que estuviese ya no sé dónde. Mas un gran señor malvado es algo terrible; tengo que serle fiel pese a todo mi despecho; el miedo hace de mí el oficio del celo, enfrenta mis sentimientos y me obliga con mucha frecuencia a aplaudir lo que mi alma detesta. Hele aquí; viene a pasearse por este palacio; separémonos. Escucha, al menos: te he hecho esta confianza con franqueza, y se me ha escapado un poco de prisa de la boca; mas si llegara esto a sus oídos, diría yo públicamente que mentías.

ACTO I. Escena I Pág. 158-159

FICHA 4 ARS AMANDI DE D. JUAN:

DON JUAN: ¡Cómo! ¿Quieres que permanezca uno ligado a la primera mujer que nos cautiva; que se renuncie al mundo por ella y que no tenga uno ya ojos para nadie? ¡Linda cosa la de querer jactarse del falso honor de ser fiel, enterrándose para siempre en una pasión y permaneciendo muerto en la juventud a todas las otras beldades que pueden conmovier nuestros ojos! No, no; la constancia es sólo buena para los ridículos; todas las beldades tienen derecho a seducirnos, y la ventaja de haber sido la primera no debe quitar a las otras las justas pretensiones que tienen sobre nuestros corazones. Por mi parte, la belleza me extasía allí donde la encuentro, y cedo con facilidad a esa dulce violencia a que nos arrastra.

Aunque esté comprometido, el amor que siento por una beldad no obliga a mi alma a cometer una injusticia con las otras, conservo mis ojos para ver el mérito de todas, y rindo a cada una los homenajes y tributos a que nos obliga la Naturaleza. Sea lo que fuere, no puedo negar mi corazón a todo cuanto veo de amable, y no bien un bello rostro

me lo pide, si tuviera yo diez mil corazones, todos los entregaría. Las nacientes inclinaciones tienen, después de todo, encantos inexplicables, y todo el placer del amor está en el cambio. Se goza una dulzura suma venciendo con cien homenajes el corazón de una belleza juvenil, viendo día tras día los pequeños progresos que uno hace, combatiendo por medio de arrebatos, lágrimas y suspiros el inocente pudor de un alma a la que le cuesta trabajo rendir las armas, forzando poco a poco todas las débiles resistencias que ella nos opone, venciendo los escrúpulos de que se enorgullece y llevándola suavemente allí donde deseamos hacerla llegar. Mas una vez adueñado de ella, no hay nada que decir ni que desear; acaba toda la hermosura de la pasión, y nos adormecemos en la tranquilidad de semejante amor como no venga algún nuevo objeto a despertar nuestros deseos y a ofrecer a nuestro corazón los encantos atrayentes de una conquista a realizar.

En fin: nada hay tan dulce como vencer la resistencia de una beldad, y yo tengo, en ese aspecto, la ambición de los conquistadores que vuelan perpetuamente de victoria en victoria sin poder decidirse a limitar sus deseos. Nada hay que pueda detener la impetuosidad de los míos; siento en mí un corazón capaz de amar a toda la tierra, y como Alejandro, desearía yo que hubiese otros mundos para poder extender a ellos mis conquistas amorosas.

ACTO I. Escena II. Pág. 162-164

FICHA 5

DOÑA ELVIRA SE CONTRAPONA A LA CANDIDEZ E INOCENCIA DE ANA DE TIRSO:

DOÑA ELVIRA: Si; ya veo que no me esperabais y que estáis sorprendido, en verdad, mas de muy distinto modo del que yo esperaba, y la manera de estarlo me persuade plenamente de lo que me negaba a creer. Me admira mi necedad y la flaqueza de mi corazón al dudar de una traición que tantas apariencias me confirmaban. He sido harto benévola, lo confieso, o, mejor dicho, harto simple, para querer engañarme a mí misma y procurar desmentir mis ojos y mi juicio.

He buscado razones para disculpar ante mi ternura la tibieza del amor que veía en vos, y me he forjado deliberadamente cien motivos legítimos de una partida tan precipitada para buscar justificación al crimen del que mi corazón os acusaba. Por mucho que me decían mis justas sospechas, a diario, y escuchaba complacida mil quimeras ridículas que os mostraban inocente ante mi corazón; mas, en fin, este encuentro no me permite ya dudar, y la mirada que me ha acogido me enseña muchas más cosas de las que quisiera saber. Me gustaría, sin embargo, oír de vuestros labios las razones de vuestra partida. Hablad don Juan, os lo ruego, y veamos con qué cara sabréis justificaros.

ACTO I. Escena III. Pág. 169-170

FICHA 6

LAS EXCUSAS DE D. JUAN ANTE DOÑA ELVIRA PARA OCULTAR SU NUEVO DESEO:

DON JUAN: Os confieso, señora, que no poseo talento para disimular, y que mi corazón es sincero. No os diré nunca que experimento los mismos sentimientos hacia vos ni que ardo de deseos de reunirme con vos, ya que, en fin, está comprobado que no he partido más que por huir de vos, no por los motivos que hayáis podido figuraros, sino por un puro motivo de conciencia y para no creer que con vos pueda yo vivir sin pecado.

He sentido escrúpulos, señora, y he abierto los ojos del alma ante lo que hacía. He reflexionado en que, para casarme con vos, os he arrebatado a la clausura de un convento, haciéndoos romper unos votos que os ligaban a otra parte, y que el Cielo está muy celoso de esta clase de cosas. Me ha invadido el arrepentimiento y he temido al enojo celestial.

He creído que nuestro matrimonio no era más que un adulterio encubierto que nos atraería alguna desgracia de las alturas, y que, en fin, debería yo intentar olvidaros y daros algún medio de volver a vuestras primeras cadenas. ¿Querriais, señora, oponeros a tan santo pensamiento, atrayéndome, al reteneros así, la enemistad del Cielo, y qué...?

ACTO I. Escena III. Pág. 172-173

FICHA 6 LA HIPOCRESÍA

DON JUAN: No existe vergüenza ahora en eso; la hipocresía es un vicio de moda, y todos los vicios de moda se consideran virtudes. El personaje "hombre de bien" es el mejor de todos los personajes que pueden representarse. Hoy en día la profesión de hipócrita posee ventajas maravillosas. Es un arte cuya impostura es siempre respetada, y aunque la descubran, no se atreven decir nada en contra de ella. Todos los demás vicios de los hombres está expuestos a censuras, y cada cual tiene libertad para hacerlos abiertamente; más la hipocresía es un vicio privilegiado que, con su mano, cierra la boca de todo el mundo y goza descansadamente de una soberana impunidad. Forma uno, a fuerza de muecas, una estrecha agrupación con todos los miembros del partido.

Quien ofende a uno, los tiene a todos encima; e incluso aquellos que se sabe que obran de buena fe y que a todos les consta que están realmente convertidos, esos, repito, son siempre víctimas de los otros; caen ingenuamente en el lazo de los hipócritas y apoyan ciegamente a los menos con sus actos. ¡Cuántos, puedes creerme, conozco, que, por medio de esa estratagema, han enmendado hábilmente los desórdenes de su juventud y que, utilizando como escudo el manto de la religión, disfrutaban, bajo esa vestidura respetada, la licencia para ser los hombres más perversos del mundo! Por mucho que se conozcan sus intrigas y lo que ellos son, no dejan por eso de tener crédito entre la gente, y cualquier inclinación de cabeza, un suspiro apenado y unos ojos en blanco compensan, ante el mundo, todo cuanto puedan hacer. Bajo ese cobijo favorable quiero salvarme y tener mis asuntos en seguridad.

No abandonaré mis gratas costumbres; más tendré buen cuidado en ocultarme y me divertiré sin ostentación. Pues si llegan a descubrirme, veré, sin moverme, cómo se

ocupa esa partida de mis intereses, y ella me defenderá ante todo y contra todos. En fin, éste será el verdadero medio de hacer impunemente todo cuanto quiera. Me erigiré en censor de las acciones ajenas, juzgaré mal a todo el mundo y no tendré buena opinión más que de mí.

No bien me hayan ofendido, por levemente que sea, no perdonaré nunca y conservaré, con toda suavidad, un odio irreconciliable. Me constituiré en vengador de los intereses divinos; y con ese pretexto cómodo perseguiré a mis enemigos, los acusaré de impiedad y sabré desencadenar contra ellos a unos fervientes indiscretos, quiénes, sin conocimiento de causa, los apostrofarán en público, llenándoles de injurias y condenándolos abiertamente con su autoridad privada. Así es como hay que aprovecharse de las flaquezas humanas, así debe acomodarse todo espíritu sabio a los vicios de su siglo.

ACTO V. Escena II. Pág. 259-260

FICHA 7 JUEGO DE PALABRAS:

SGANARELLE: ¡Oh, Cielo! ¿Qué oigo? ¡No os faltaba más que ser hipócrita para consumir totalmente vuestra ruina! Esto es el colmo de las abominaciones. Señor, esta última me desquicia y no puedo dejar de hablar. Haced conmigo lo que se os antoje; pegadme, moledme a golpes, matadme si queréis; necesito descargar mi corazón y, como fiel criado, deciros lo que debo.

Sabed, señor, que tanto va el cántaro a la fuente, que al fin se rompe, y, como dice muy bien ese autor que no conozco, el hombre es, en este mundo, como el pájaro en la rama; la rama está ligada al árbol; quien se liga al árbol sigue buenos preceptos; los buenos preceptos valen más que las bellas palabras; las bellas palabras se hallan en la corte; en la corte están los cortesanos; los cortesanos siguen la moda; la moda dimana de la fantasía; la fantasía es una facultad del alma; el alma es lo que nos da la vida; la vida termina con la muerte; la muerte nos hace pensar en el cielo; el cielo está encima de la tierra; la tierra no es el mar; el mar está sujeto a borrascas; las borrascas atormentan a los navíos; los navíos requieren un buen piloto; un buen piloto tiene prudencia; la prudencia no está en los jóvenes; los jóvenes deben obediencia a los viejos; los viejos aman las riquezas; las riquezas hacen los ricos; los ricos no son pobres; los pobres tienen necesidad; la necesidad no tiene ley; quien no tiene ley vive como una bestia; y, por consiguiente, seréis condenado a todos los diablos.

ACTO V. Escena II. Pág. 260-261